



Obra de Rafael Catalá

Rafael Catalá, armonía realista

ENTRE tanto estrés, prisa, consumo y confusión; entre tanta turba de «ismos» virulentos, de vanguardias expresivas y de nuevos mecanismos para el arte, Rafael Catalá va a desarrollar una pintura realista, profundamente intimista. Y es que, aunque el mundo del arte, como mundo creativo que es, está siempre en evolución y cambio, también necesita del reposo y del sosiego, y no tanto el mundo del arte en sí, sino quienes lo contemplamos. De esta forma, entre reposada y calmada, es como se nos muestra la obra de Catalá. La exposición que esta vez nos presenta es una exposición prácticamente monográfica. El tema casi único son unos bodegones que se articulan en torno a manteles que se articulan en torno a manteles apenas arrugados, puestos con desorden sobre las mesas, festonados con puntillas, o bordados, que nos recuerdan a los manteles que la abuela bordara. Sobre estos manteles algunas vajillas, cerámicas; objetos que evocan, con una sencillez pasmosa, retazos de vida cotidiana. La atmósfera de sus cuadros es de una calidez silenciosa. El realismo, minucioso en el detalle, se observa en el reflejo del cristal del porrón, o en el brillo de los jarrones, que dejan ver una limpieza total de las formas y una claridad en el dibujo. Para Catalá, la pintura es detalle perfilado, es precisión entre las luces y las sombras, es una consecución de armonías, un dibujo neto que acoge las sinuosidades de las telas. Uno de los detalles a tener en cuenta es que, pese al realismo total de sus cuadros, la secuencia se rompe a veces con veladuras pensadas y situadas estratégicamente, de forma que en sus mesas, y entre sus telas, se

esconde un pequeño haz de misterio. El enfoque de sus óleos da origen a unas perspectivas diagonales muy altas, de forma que, profundizando en los planos, destacan en primer término los suelos de habitaciones decimonónicas, con baldosas rotas como reflejo de mucha vida vivida. Catalá se apega a la textura de los cristales, del lino, de la seda, de la loza, de la porcelana o de la enea de las sillas, para jugar con una expresión particular del color. Trabaja en torno a una gama muy reducida de colores, tonos oscuros, marrones, negros, verdes agrisados, y esta oscuridad queda rota con el blanco, que viene a ser el protagonista. Los manteles le sirven de excusa para plasmar sobre ellos la luz, y entre sus pliegues, disfrutar con el claroscuro de las rugosidades, frente a unos fondos totalmente neutros. Los objetos de uso cotidiano son los verdaderos artífices de sus bodegones, y los soportes para sustentarlos, así como los fondos y toda la atmósfera que los rodea, quedan mudos ante ellos. Catalá armoniza el dibujo con el color, y crea una silenciosa espera, una ordenada entrega a las delicias de la contemplación, sin más pretensiones que el deleite en las formas inanimadas, que hablan por sí mismas con decoro, sobre la imparcialidad del momento, sobre la asombrosa realidad de la soledad. Su pintura es por ello profundamente particular, sencilla, intimista y, por ende, orgullosa. (Galería Carmen Andrade. General Pardiñas, 35. Del 27 de febrero al 24 de marzo.)

"ABC"
1-3-90

Carmen Andrade

GALERIA DE ARTE
GENERAL PARDINAS, 35 (esquina a Ayala)
Tel. 2768321. 28001 MADRID

RAFAEL CATALÁ

Hasta el 24 de marzo